

DIVINO SALVADOR DEL MUNDO, SALVA A LA NACIÓN QUE LLEVA TU NOMBRE

Lecturas: Núm 11, 1-1

Salmo 80

Mt 14, 13-21

Queridos hermanos y hermanas:

Estoy muy emocionado, viéndoles a ustedes aquí y pensando en tanta gente que está también con nosotros desde distintos lugares, en vivo. Otros lo harán en diferido. Somos una gran asamblea en oración y en esperanza. Pero también traemos preocupaciones a nivel personal, familiar o de país.

Esta tarde tenemos un mensaje de Dios para nosotros. Dios nos habla de tres maneras: nos habla en su palabra, nos habla por medio de las personas y nos habla a través de los acontecimientos. El acontecimiento más importante por el cual nos está hablando es lo que pasó con los diputados que aprobaron reformas a la constitución política. Muchos salvadoreños ni cuenta se dieron porque están pensando en las fiestas o en el campo de la feria. A otros les da lo mismo. Los que piensan un poco saben que estamos viviendo algo sumamente grave.

Así camina la iglesia, entre consuelos y persecuciones, entre luces y sombras, con alegrías y tristezas, angustias y esperanzas, como dice el Concilio. Yo pienso en Monseñor Chávez y González: en su escudo de obispo tenía la silueta del volcán de San Salvador, y abajo, las palabras: *A él tienen que escuchar.*

El pueblo del Divino Salvador

Hay muchas voces que quieren acaparar nuestra conciencia y nuestra mentalidad. Casi todas son voces mentirosas, falsas, alienantes, deshumanizantes. Pero Dios nos habla y tiene cosas importantes que decirnos.

Esta mañana, rezando laudes, encontré una frase que todos conocemos. Decía así: *Ten compasión del pueblo que lleva tu nombre.* La conocen, ¿verdad? Así invocamos a nuestro Señor. Si yo digo, *Divino Salvador del Mundo*, ustedes responden: *Salva a la nación que lleva tu nombre.*

Y eso vamos a hacer ahora. Siempre necesitamos ser salvados, y hoy mucho más que en otros tiempos. El Salvador del mundo es el Cristo transfigurado, el Cristo humano, el Cristo de la pasión y el Cristo resucitado. El rostro de Cristo se presenta así. Ese Cristo nos invita a ser como él, a dejarnos transfigurar por él.

Pero para eso hay que ser pueblo, no masa. Decía Monseñor Romero: *Dios quiere salvarnos como pueblo. Dios no quiere masa, quiere pueblo.* Y añadía: *¿Qué es la masa? El montón de gente, cuanto más alienada mejor, cuanto más ignorante, mejor.* Mucha gente no es pueblo y cada día la han masificado más con toda la propaganda que ahora domina el mundo.

Explicaba nuestro santo: *¿Qué es el pueblo? Es la comunidad organizada, donde todos buscan el bien común.* Eso queremos ser nosotros, una comunidad organizada buscando un proyecto común, un proyecto de país. ¿Qué país queremos nosotros? ¿Qué país quiere Dios? Un país en el que se haga presente el Reino de Dios. Por tanto, que haya comunión con Dios y entre nosotros, como hermanos, en una sociedad justa, fraterna, solidaria, en paz y abierta a Dios. Ese es el proyecto de Dios, pero ese proyecto está muy maltrecho en este momento.

De nosotros depende estar en esa comunión con Dios. Somos un pueblo profundamente religioso. La comunión entre nosotros nos cuesta más porque estamos en un mundo donde fácilmente nos ponemos a pelear unos con otros, donde el odio se destila por todas partes.

Uno casi no se atreve a abrir el periódico y poner los noticieros porque abunda allí lo tóxico, no lo que hace feliz. Un reino de Dios que haga presente una sociedad justa, no la tenemos; fraterna, tampoco la tenemos; solidaria, tampoco; abierta Dios, gracias al Señor que sí.

Esta semana estamos pensando en ese Dios que está aquí presente y que camina con su pueblo. Pero el mundo que queremos esta siendo ahora negado. Es un mundo en el que queremos vivir la democracia. Esto supone diálogo. Supone respeto a la dignidad humana. Supone tolerancia, respeto a los derechos humanos. Supone ser un pueblo libre. Muchos no nos sentimos libres en El Salvador.

Qué importante entonces pensar en lo que Dios quiere para nosotros y decir, ¿cómo puedo contribuir a que ese proyecto se vuelva realidad? Monseñor Romero nos enseñó qué país es el que responde al proyecto de Dios. Lo enseñó con sus palabras y con su testimonio, pero sobre todo con su muerte, entregada por la salvación de este pueblo.

Para hacer realidad ese proyecto él entregó su vida. Días antes de su muerte hizo suyo un himno que él mismo pronunció ante este micrófono con gran entusiasmo. Comenzó así:

Vibran los cantos explosivos de alegría. Voy a reunirme con mi pueblo en catedral. Miles de voces, nos unimos este día para cantar en nuestra fiesta patronal.

Eso estamos viviendo hoy, ¿no es cierto? Aquí hay historia, hermanos y hermanas. Aquí hay sangre. Aquí hay esperanza. Aquí hay lágrimas. Aquí hay también vida nueva.

Como sabemos, esta catedral era de madera y lámina y un voraz incendio la destruyó. Se reconstruyó. En el año 1986 un terremoto la dañó. La restauraron. Y aquí estamos ahora, en esta bellísima catedral donde está nuestra historia como país y como iglesia, simbolizada en forma insuperable. Estar aquí es una gracia especial, sobre todo cuando uno baja a la cripta donde está la tumba de nuestro pastor y mártir, Monseñor Romero.

"La Iglesia no levanta muros; la Iglesia construye puentes" (Papa Francisco)

Hoy celebramos un santo muy importante, San Juan María Vianney, el cura de Ars. Es patrono de todos los sacerdotes del mundo. Fue un hombre humilde, sencillo, le tocó vivir en un ambiente de gran violencia en Francia durante la Revolución francesa. La Iglesia perseguida y se celebraba la misa de escondidas.

Al cura de Ars le costó mucho llegar a ser sacerdote. Pero era un hombre santo y se convirtió en el confesor de toda Francia. Pasaba hasta dieciocho horas al día confesando. Un gran adorador de la Eucaristía, un hombre de oración, muy penitente, entregado a su pueblo. Llegó a Ars, un pueblito lleno de vicios, y lo transformó en un pueblo totalmente diferente.

El sacerdote es un puente, un constructor de puentes. Tomamos ese símbolo durante la peregrinación a Ciudad Barrios, el día primero de agosto. Nos detuvimos en el puente Cuscatlan y allí realizamos un acto en apoyo a los migrantes. Decía el papa Francisco: *La Iglesia no levanta muros, la iglesia construye puentes*. Lo mismo piensa el Papa León XIV. El pastor es un pontífice, un constructor de puentes.

Hay una canción muy antigua que expresa, en forma bellísima, esta idea, Oigan la letra pensando en el sacerdote, que te bautizó, en el que te dio la primera comunión, el que fue testigo el matrimonio de tus papás, el que enterró a tus seres queridos. Dice así:

Un anhelo ferviente hay en mi pecho que sólo tú conoces, oh Señor, el anhelo de ser toda mi vida un puente entre las almas y tu amor. Un puente que partiendo de mi nada llegue a la orilla de tu eternidad. Un puente al

que todos pisar puedan en busca de tu amor y tu amistad. No importa que dolor de mil pisadas marquen en mí huellas ensangrentadas, yo sólo quiero ser puente divino y que seas tú el final de este camino. Señor, haz que este puente no se rompa mientras pueda servir a mis hermanos. Y cuando nadie ya lo necesite destrúyelo a tu antojo entre tus manos.

Monseñor Romero fue un puente. Y ese puente lo rompieron a balazos. Hoy recordamos a un mártir de la iglesia, el Padre Napoleón Macías. Lo mataron en el templo de San Esteban Catarina, un día como hoy, cuatro de agosto de 1979. Un sacerdote extraordinario, entregado a su pueblo, que se arriesgó. Le quitaron la vida cerquita del altar. Fueron a sus funerales Monseñor Rivera y Monseñor Romero. Ese pueblo somos nosotros, un pueblo martirial. ¡Cuántos sacerdotes asesinados! Por tanto, tenemos una herencia que no podemos dilapidar y que no podemos olvidar.

La misión de la Iglesia en tiempo de crisis

¿Cómo ser puente hoy? En un momento tan difícil de nuestra historia, ya sin control de la vida del pueblo mas que por los están guiando el país, cuando prácticamente no hay quién nos defienda a nivel oficial, ¿qué papel toca hacer a la Iglesia?

Escuchemos la palabra de Dios. Decía el Papa Francisco: *Hay que tener un oído atento a la palabra de Dios y el otro oído pegado al pueblo.* Eso aprendimos de Monseñor Romero y de nuestros mártires: la palabra y el pueblo de Dios.

¿Qué nos dice la palabra de Dios esta tarde?

Moisés aparece en la primera lectura muy desanimado. No aguanta ya tanto reclamo del pueblo. Le pide que mejor los deje regresar a Egipto en lugar de estar comiendo todos los días el maná. Allí tenían pescado todos los días, dicen ellos. Y Moisés se queja con Dios. Quiere tirar la toalla. *Yo solo no puedo cargar con todo este pueblo, le dice a Dios. Es demasiado pesado para mí. Si vas a tratarme así, por favor quítame la vida y no tendré que pasar tantas penas.*

A veces queremos tirar la toalla también nosotros, como ciudadanos, como pueblo, y dejarnos llevar por la corriente, empobreciéndonos y siendo incapaces de construir el mundo que Dios quiere para nosotros.

¿Y qué dice el Evangelio? Jesús se aleja de la multitud y se va a un lugar solitario. Envía a sus discípulos al otro del lago. La gente se adelanta. Jesús llega allá y siente compasión. Y les predica largamente. Cristo siempre siente compasión. Y no puede quedarse indiferente, tampoco ahora. En este momento, no va a quedarse indiferente y va a actuar.

Los discípulos, se desesperan porque se hace tarde. Le piden que despida a la gente para que vean cómo se las arreglan con la cena. Pero Jesús les dice: *Denles ustedes de comer.* Cómo, si no hay aquí dónde comprar nada, responden los discípulos, pero añaden: *Aquí hay cinco panes y dos pescados. Tráiganmelos,* les ordena nuestro Señor. Dice el evangelio: *Tomó los cinco panes y los dos pescados y mirando al cielo pronunció la bendición. Partió los panes y se los dio a sus discípulos para que los distribuyeran a la gente.*

Fíjense en una cosa: los discípulos fueron instrumento para dar de comer a la gente. Fueron responsables de la multitud. Ese es el papel del sacerdote. Como lo fue Jesucristo,

Jesucristo, como lo fueron el cura de Ars, Monseñor Romero, el Padre Macías y tantos mártires nuestros.

Es el papel de los pastores: dar de comer al pueblo. Primero, el pan de la palabra de Dios, sin manipularla, sin instrumentalizarla, sin predicar un evangelio a la carta, donde predicar lo que a mí me gusta más, a esa Iglesia voy. Anunciarlo tal como él lo predicó. El Evangelio es Cristo mismo. Y luego caminando con él a lo largo de su historia.

Hay un documento que impactó mucho a Monseñor Ricardo Urioste, es del sínodo episcopal que tuvo como tema *El obispo, servidor del Evangelio para la esperanza del mundo*. Se realizó en Roma en el año 2001 con representantes de todo el mundo. Yo tuve la dicha de participar en él. Cuando salió el documento postsinodal, en 2003, Monseñor Urioste se llenó de júbilo al leer el párrafo que explica cómo ser obispo profeta de la justicia. Me dijo entusiasmado: *Mira lo que dice el Sínodo. Aquí está descrito lo que fue Monseñor Romero*.

Y me leyó el número 67:

En este ámbito de espíritu misionero. Los padres sinodales se refirieron al obispo como profeta de justicia. Hoy más que ayer, la guerra de los poderosos contra los débiles ha abierto profundas divisiones entre ricos y pobres. ¡Los pobres son legión! En el seno de un sistema económico injusto, con disonancias estructurales muy fuertes, la situación de los marginados se agrava de día en día. En la actualidad hay hambre en muchas partes de la tierra, mientras en otras hay opulencia. Las víctimas de esas dramáticas desigualdades son sobre todo los pobres, los jóvenes, los refugiados. En muchos lugares también la mujer es envilecida en su dignidad de persona, víctima de una cultura hedonista y materialista.

Sigue la parte más interesante, la que más le impactó a Monseñor Urioste. Dice así:

Ante estas situaciones de injusticias, y muchas veces sumidos en ellas, que abren inevitablemente la puerta a conflictos y a la muerte, el Obispo es defensor de los derechos del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Predica la doctrina moral de la Iglesia, defiende el derecho a la vida desde la concepción hasta su término natural; predica la doctrina social de la Iglesia, fundada en el Evangelio, y asume la defensa de los débiles, haciéndose la voz de los que no tienen voz. para hacer valer sus derechos.

¿Quién fue entre nosotros la voz de los que no tienen voz? Monseñor Romero. Concluye el número 67 afirmando categóricamente: *No cabe duda de que la doctrina social de la Iglesia es capaz de suscitar esperanza, incluso en las situaciones más difíciles, porque si no hay esperanza para los pobres, no la habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos.*

Esto es que estamos meditando, hermanos y hermanas, qué hacer como Iglesia para ser testigos de esperanza como pastores y como laicos. Esto supone asumir lo que la Iglesia enseña en el Evangelio y en su doctrina social. Asumirlo como discípulos y discípulas de Jesucristo

Construir entre todos el país que Dios soñó

Y aprender eso como fieles discípulos de Jesucristo, asumir responsabilidades, prepararse y formarse. Nos esperan tiempos muy difíciles donde no hay quién nos va a defender a nivel oficial. Y todo va a ser posible a nivel de arbitrariedades. No nos vamos a quedar con los brazos cruzados. Nuestra fe en Cristo nos va a llevar a dar una respuesta desde la fe.

Toca a los pastores, un papel muy importante. Tal como enseñan los papas que todos amamos tanto, San Juan Pablo II, Francisco y ahora León XIV. Estar aquí esta tarde, es un momento de esperanza y también de compromiso. No es para quedarse quejando. Es para asumir responsabilidades sabiendo que no estamos solos, que Dios está con nosotros.

Decía el papa Francisco: esa ancla a la que uno se agarra se llama Jesucristo. Con la sangre de su cruz derribó el muro que separaba a los pueblos, el odio, e hizo de los dos un solo pueblo. Ese pueblo hay que construirlo entre todos, es una responsabilidad de todos nosotros. Estamos atomizados. Muchos estamos alienados, adormecidos, anestesiados. Así no se construye futuro,

todos los jóvenes están escuchándome, aquí o en tantas partes a través de los medios de comunicación y de las redes sociales. No olviden lo que les dijo el Papa León en Roma durante su jubileo: ustedes tienen que ser esperanza. ¿Cómo? Siendo luz del mundo y sal de la tierra. Pero siendo coherentes con lo que dicen creer. Que el Señor les lleve a ser otros Cristos. En su juventud pueden cambiar el mundo. Qué bonito pensar que los que

fueron a la peregrinación hacia la cuna del profeta, la mayoría eran jóvenes. Lo hicieron con tanta ilusión, Quizá sin saber tantas cosas que les hacen sufrir.

Es un reto para que los que somos pastores, acompañarles, caminar con ellos, indicarles el camino, sobre todo con nuestro testimonio. Les repito: estar aquí ahora es un momento hermosísimo, pero también. astante comprometedor.

Divino Salvador del mundo, salva a la nación que lleva tu nombre.

Alabado sea Jesucristo.

Gregorio Rosa Chávez